

¿Qué ética para la práctica del análisis en la actualidad? La dignidad del objeto.

Andrés Barbarosch (EFA)

El título de este congreso: *¿Qué ética para la práctica del psicoanálisis en la actualidad?*

es posible por el trabajo señero de Lacan sobre el *Proyecto de psicología* de Freud en el

Seminario VII: La ética del psicoanálisis. El trabajo sobre la metapsicología freudiana con la represión primaria, con la falta del representante de la representación

(*vorstellungsrepräsentanz*) que se continua en los desarrollos sobre el significante y la

Cosa (*das Ding*), a la que le va a dar un valor operacional; en tanto que, el Otro de la

prehistoria individual, la pulsión, el goce y el mito de la madre kleiniana bien pueden ir a ese lugar.

Lacan habla del significante porque el análisis es un ámbito donde se habla, porque eso habla a quien en tanto analista en la transferencia tenga a disposición una escucha.

Lacan en simultáneo al dictado de las clases del *Seminario XVI De un Otro al otro* se

encontraba escribiendo una versión del *Seminario VII*, diecinueve páginas dactilografiadas que fueron encontradas en una caja de cartón y publicadas de manera póstuma junto con

las reseñas de enseñanza. Habla de ello en varias ocasiones. En los *Otros escritos*, este texto falta.

Quizás algunos psicoanalistas no lo echaran de menos ya que en el *Seminario XX: Aún*,

Lacan propuso de manera explícita rehacer *La ética del psicoanálisis*, llevando adelante su puesta al día, una reformulación de lo ya expuesto y con los redondeles de cuerda: un cambio de paradigma.

Por estas razones en el *Seminario XX* puede definir al amor cortés como “una manera refinada de suplir la ausencia de relación sexual, fingiendo que somos nosotros los que la obstaculizamos”.

Cuando escribe el cuadro de la sexuación, no deduce únicamente la función fálica, el significante del Otro barrado $S(\bar{A})$, sino también el \bar{A} de la mujer tachada. Lo cual permite plantear, apoyándonos en la lógica matemática donde la universal tiene sentido, pero no

existencia, al estar la universal tachada [✎](#), por lo que no hay La mujer sino las mujeres.

Con el objeto a va a estar dada la condición por la cual cada una de ellas quiere ser amada y la afirmación de no hay hombre sin mujer, le va a posibilitar la interrogación por el goce femenino para ambos sexos. El objeto a es lo que hace a la causa del deseo, al agujereamiento del todo y a la división del sujeto.

Hay continuidades y discontinuidades entre estos desarrollos y los del *Seminario VII* donde planteaba el surgimiento del amor cortés como un meteoro que alejándose de manera ostensiva de la vida de las mujeres en el siglo XI y XII creaba una sensibilidad que se iba a difuminar a través de los siglos y que continúa dejando destellos en penas y cuitas de amor tales como las que cuentan pacientes y analizantes en el consultorio.

Por tratarse de *lalengua*, cuando alguien habla en el análisis exterioriza un goce por lo cual puede decirse que la ética del psicoanálisis es el deseo. Cuestión que distingue al psicoanálisis de cualquier psicología atrapada en lo endopsíquico.

Frente a los atolladeros en los que se encontraban los post-freudianos para dar cuenta de la sublimación, ceñidos al conflicto entre libido yoica y libido sexual. Lacan da una dimensión de alteridad con la Cosa (*das Ding*) en lo que tiene de inasimilable a cualquier dualismo, la define como: "La sublimación es elevar el objeto a la dignidad de la cosa". En el amor cortés se da la sublimación del objeto femenino; la creación simbólica de la dama, como objeto de la exaltación amorosa. Lacan hacia el final del *Seminario VII* deja caer la definición de "la sublimación como elevar el objeto a la dignidad de la cosa" al hablar de la dignidad del objeto.

En la clase del 22 de junio de 1960 Lacan dice: "*Si leen el Laocoonte de Lessing, lectura preciosa y rica en toda suerte de presentimientos, lo ven, empero detenerse al inicio ante la concepción de la dignidad del objeto. No es que esa famosa dignidad del objeto haya sido abandonada, a Dios gracias, pues siempre lo estuvo todo lo deja ver*".

El libro que da a leer Lacan al seminario para hablar de la dignidad del objeto lleva por título *Laocoonte, o sobre los límites en la pintura y en la poesía (1766)* escrito por G. E.

Lessing, un genial polemista inveterado que libra sus lides con J. J. Winckelmann a partir de su ensayo *De la imitación de las obras griegas en pintura y escultura*. (1755).

De entrada Lessing, que también era aficionado a los juegos de naipes, en un pase de manos le cambia las reglas de juego a Winckelman .

Las tesis de Winckelmann se enmarcan en las artes visuales y en el ideal de belleza clásico de la antigüedad griega, "*la noble sencillez de la forma y serena grandeza de la expresión*".

En las figuras del arte griego la expresión revela un alma grande y serena en medio de todas las pasiones. Esta alma se denota, no solo en el rostro de Laocoonte, sino en todo su cuerpo, no obstante, sus horribles sufrimientos.

Lessing, al cambiar los temas fichados, va a plantear un torneo entre la poesía (epopeya, novela, dramaturgia) y la pintura (escultura, arquitectura) en la que va salir victoriosa la poesía, por lo cual le criticarán un encono con las artes visuales. La pintura y la poesía difieren por los objetos y la manera de imitarlos. El tiempo es el dominio del poeta; el espacio, el del artista. La poesía, va a tener una mayor amplitud de registro en referencia a las pasiones, en la pintura el objeto son los cuerpos en un instante de la acción.

Una de las posibles fuentes literarias del grupo escultórico es el *libro II de La Eneida* de Virgilio que trata de la guerra de Troya. Relata la muerte del sacerdote Laocoonte y sus dos hijos que a orillas del mar estaban sacrificando un toro en honor a Neptuno y las serpientes que provienen de la isla de Tenédos enroscan doblemente a los tres personajes en un apretado nudo henchido de sangre en el que pierden la vida.

En referencia a la dignidad del objeto ajustado al ideal de belleza clásica en las artes visuales, Lessing para la poesía va a plantear un corrimiento de la dignidad respecto de la belleza.

En Laocoonte se contempla el grito ahogado y comprimido del sacerdote cuya mayor expresividad hubiera significado un rostro deformado excediendo los límites del canon de belleza. En la poesía los dioses homéricos padecen y se quejan como los mortales de su dolor físico y no por ello pierden dignidad.

Lessing que admiraba a Shakespeare, luchaba para que hubiera una literatura y una dramaturgia alemana, que no había y se oponía al ideal winckelmanniano en pos de que no acentuara el dominio que ejercía el neo- clasicismo francés en el ámbito teatral de su época.

La distinción de la pintura y la poesía, de la vista y el oído evocan las del campo escópico e invocante, el teatro en tanto que enlaza a ambos e involucra al cuerpo es el arte mayor en referencia al fantasma.

La palabra no se corresponde con el vestido ceñido de la belleza de las artes visuales.

Parafraseando a Lacan: me es visible el campo especular, el narcisismo que involucra al yo y al otro, pero no el deseo.

La dignidad del objeto por la vía de la palabra va a implicar: la falla, lo deforme, el resto, lo indigno, el Mal. En términos de Lessing, *Ricardo III* de Shakespeare; que Freud retoma en “Las excepciones” para hablar de aquello que rechazamos, lo horroroso que hay en nosotros mismos.